

Luis Bográn,

Ex presidente de Honduras. — † en Tegucigalpa.

Era un militarón.

Después de la caída de Marco Aurelio Soto, era quien había quedado en posesión del Gobierno hondureño, un Gobierno dictatorial.

Su partido le apoyaba, sobre todo, por ser la representación de la reacción que se verificó en aquella pequeña República después de que predominó Soto, cuyo nombre ha quedado en la América Central como el de un pequeño Luis XIV.

En efecto, Soto, como Guzmán Blanco en Venezuela, como Zaldívar en El Salvador, como varios tiranos literarios, tuvo a bien dar lustre intelectual a su tiranía.

En Honduras estuvo en tiempos de su Gobierno el poeta cubano José Joaquín Palma, a quien el Congreso hondureño obsequió con una medalla de oro por una oda a la tierra que había adoptado como patria.

Soto, amigo del tirano J. Rufino Barrios, y teniendo en aquella sazón la hegemonía en Centro-América (Guatemala), fué hechura del presidente guatemalteco, quien le había tenido como ministro.

Soto, hondureño, había sido ministro guatemalteco, primero, por la voluntad de Barrios, que era todopoderoso, y segundo, porque en las Repúblicas centroamericanas, por mor de la unidad, se satisfacen tales o cuales deseos políticos. Así se ha visto que el actual presidente de Honduras, Policarpo Bonilla, haya sido representante en la reciente Constituyente de Nicaragua.

Cayó Soto por revolución que encabezaba Bográn, hacendado, buen burgués, honrado antes de ser presidente.

Soto era un tirano liberal, que precipitó su caída por derroches y fantasías gubernamentales.

Bográn llegaba como el hombre del orden y de la honorabilidad.

Pero aconteció que Bográn, al subir al Poder, tuvo que satisfacer estas o aquellas ambiciones de copartidarios, que callar estas o aquellas bocas, que aprovechar de estos o aquellos elementos.

Y el hombre honrado se corrompió en la silla presidencial.

Bográn, inmediatamente comprendió que no tenía sino que seguir la ineludible huella de sus antecesores: la tiranía.

Y fué tirano, pero un tirano vulgar y soso.

Mandaba en este tiempo Barillas en Guatemala, y Menéndez en El Salvador.

Barillas, estanciero y sargentón, no podía hallar mejor aliado que Bográn.

Cuando la traición de los Ezetas; cuando Menéndez, el presidente salvadoreño, cayó y murió, Bográn estuvo más o menos de acuerdo con la traición.

Era Bográn acomodaticio y fullero, y más de una vez contemporizó, contra los propios inte-

reses de la República de su mando, con Nicaragua y El Salvador.

Tenía un enemigo terrible: Domingo Vázquez.

Domingo Vázquez es un general aventurero y valiente, que había soñado siempre con la Presidencia de su República, con la Presidencia de Honduras.

Aborrecía a Soto, el presidente que se hizo nombrar socio honorario de la Real Academia de Madrid por un decreto gramatical, y aborrecía a Bográn, el presidente inútil e insápido.

Vázquez solicitó el apoyo de cada una de las Repúblicas centroamericanas para derrocar a Soto, y no lo consiguió.

Lo solicitó cuando la reciente elevación al Poder de Bográn, y tampoco lo consiguió.

Hizo a puños y hombros la revolución por fin, y subió a la Presidencia; y el aventurero del Ecuador y el Perú logró estar a la cabeza de su país.

Policarpo Bonilla le espiaba y tenía de su lado una parte del partido sotista, y a la parte

descontenta con la política acomodaticia de Bográn.

Además contaba con el apoyo de Nicaragua, en donde dos amigos suyos estaban en el Poder: Santos Zelaya, presidente, y Anastasio Ortiz, vicepresidente de la República.

Bonilla fué ayudado por Nicaragua, y fué entonces la caída de Vázquez, el cual tuvo que huir con rumbo a Costa Rica primero y a los Estados Unidos después.

Bográn entretanto, caído, se retiró de la política aparentemente, aunque hubo dices sobre que estuviese en connivencia con partidarios que trabajaban por su nuevo Gobierno en El Salvador y en Guatemala.

El Gobierno de Nicaragua, como hasta hoy, apoyaba al Gobierno de Bonilla, puesto que ayudó con ejército y dinero a la revolución contra Bográn.

El mismo vicepresidente Ortiz tomó parte en la campaña, como jefe y cabeza del ejército que envió Nicaragua.

El partido bogranista intentó recuperar las

fuerzas perdidas y poder colocar en el lugar presidencial a su jefe; pero Bográn estaba demasiado desprestigiado, y su unión con el desprestigiadísimo presidente de Guatemala, Barillas, le acabó de arruinar.

Soto estaba en París. Luis XIV había hecho buena lucha.

La lucha de Luis XIV se había transformado en un palacio en París y en rentas bien fundadas.

Tuvo la cordura Soto de no hacer el Guzmán Blanco en la capital de Francia, en no rastacuerear, en saber estarse cultivando sus gustos literarios y artísticos con «su amigo» Augusto Vacquerie y «su amigo» el jovencito Jorge Hugo, nieto de su abuelo.

La maravilla fué que aquel presidente antiguo, con todos los años pasados en París, y sin tener más agente financiero en Centro-América que el poeta J. J. Palma — aquel de la décima de Andrade—, fué logrando cada día una popularidad más creciente.

En cuanto su nombre sonó y en cuanto el ba-

chiller o licenciado Bonilla se fué a la Presidencia, el partido luisatorcista subió, creció, se agitó. Ni en los días de Bográn se vieron más agitaciones. Ese es el momento actual.

Están en pugna los sotistas, que quieren el presidente de las odas y de las décimas — progresista y plausible, indudablemente —, y las ambiciones que se alzan en derredor, ya de los bonillistas, que no quieren abandonar el terreno productivo, ya de este o aquel candidato subrepticio.

Bográn muerto, deslinda la política hondureña.

Bográn vivo, era un peligro para la paz, con todo y su inutilidad.

Vázquez no podrá llegar otra vez a la Presidencia, a pesar de sus tentativas de Estados Unidos y Costa Rica, y Bonilla está tambaleándose.

Quizá, quizá viene Luis XIV, el del Diccionario de la Academia, a meterse en Honduras...

Memorias.

Historia negra.—Caída de los Ezetas.— Recuerdos del Salvador.

El 21 de junio de 1890 acababa de casarse.

En la comida de bodas, entre varios amigos, había uno que vestía el uniforme de general. Era el brazo derecho del presidente Menéndez, el primer militar, la cabeza del Ejército, el «otro yo» del jefe del Estado, el comandante general de las fuerzas de Santa Ana, el general Carlos Ezeta. ¡Bizarro tipo en verdad! Joven, un tanto obeso, cara marcial, fuertes puños, palabra alegre, jovial, campechano, querido de sus amigos, ambicioso... ¡y tanto!... En los postres estábamos cuando un sirviente anunció que el director de Telégrafos buscaba al general. Éste se levantó

de la mesa con una mal disimulada agitación. Después volvió. Saboreaba la copa de champañá, a veces como gozoso, a veces como triste. El poeta Gavidia estaba frente de él.

Al día siguiente debía celebrarse el aniversario de la revolución de mayo. Las fuerzas de Santa Ana habían llegado a la capital, junto con su jefe el general Carlos Ezeta.

De la mesa de bodas se levantó éste cuando le llamó Amaya, el director de Telégrafos, a dar los últimos pasos para realizar su traición.

El 22 de junio se dió una gran revista militar.

El presidente Menéndez, que miraba desde los balcones del Palacio Municipal desfilar el Ejército, decía, al ver a Carlos Ezeta espléndidamente uniformado sobre su caballo — un caballo que formaba parte de su prestigio — a la Brulanger: «¿Ése es mi buen general Carlos? ¡Qué bravo es, qué gallardo es, qué noble es!»

Por la noche había un gran baile en la Casa Blanca. El presidente Menéndez se retiró temprano a sus habitaciones, que estaban en el segundo piso del Palacio de Gobierno.

El presidente Menéndez.

Éste era un honrado y viejo militar. Había peleado gloriosamente en muchas campañas. Derrocó a Zaldívar con un ejército formado en Guatemala. Venía Ezeta entre los que mandaba Menéndez. Inauguró el ferrocarril a Acajutla. Trajo de Europa instructores para el Ejército. Hizo que en la Exposición de París de 1889 su país tuviera una digna representación.

Carlos Ezeta.

Lo conocí cuando era estudiante en Nicaragua. Ezeta parece que es de origen mejicano. Cuando subió al Poder le resultaron muchos parientes mejicanos. Estudió en la Escuela Politécnica de San Salvador. Estuvo con el célebre dictador Guardia en Costa Rica; erró de aquí a allá. Su principal rasgo era la ambición desmesurada. ¡Él había de ser presidente!

Tocaba hábilmente la guitarra y cantaba muy regocijadas y sabrosas tonadillas.

Sin fortuna, sostenido nada más que por su vigorosa esperanza, ejercía de *farrista* mientras llegaba el momento de sentarse en la silla presidencial.

Menéndez, desde la campaña le profesó un afecto casi paternal. Formó un hogar, un nombre, una celebridad en Centro-América, todo por Menéndez. En la *Historia negra* se ve el detalle conocido de que la familia presidencial no se sentaba a la mesa si no llegaba Carlos.

En este tiempo se trataba en El Salvador de las elecciones presidenciales. Menéndez había declarado no habría candidato oficial, y rechazado la idea de reelección.

Ezeta, dueño del Ejército, del cual era querido, pensó apoderarse a todo trance del Poder. A la sazón, un hermano del ambicioso general era comandante del puerto de Acajutla: Antonio Ezeta, terriblemente famoso después.

El 23 de junio.

Se bailaba en la Casa Blanca. Todo lo brillante y aristocrático de la capital salvadoreña y de Santa Tecla se encontraba en la fiesta. Cerca de la media noche se oye una banda militar. El presidente Menéndez despertó azorado. ¿Qué hay? Una serenata militar sencillamente. Entretanto penetraba en el salón de baile el general Malecio Marcial, hombre valiente, descontento de Menéndez, que fué el que expuso más su vida al dar el golpe, y la perdió. Marcial se dirigió al ministro de Guerra y le dijo tranquilamente: «¡Señor ministro, está usted preso!» Aombro. Luego a los otros ministros. Pero ya la fiel guardia de honor de Menéndez rodeaba la Casa Blanca, y al entrar en el salón de baile el general Marcial llevaba una mejilla atravesada de un balazo. El pánico fué indescriptible entre las damas.

.....

La bella hija mayor de Menéndez, la señorita Teresa, advirtiendo el terrible caso, gritaba: «¡Que se llame a Carlos; que venga Carlos, y él será la salvación...!» «Señora — le dijo alguien —, cálese usted; el traidor es Carlos Ezeta.»

Menéndez asomóse a una ventana, dándose cuenta inmediata de lo que pasaba. Gritó desde arriba a sus soldados: «¿Quién es el traidor?», contestándole: «¡Viva Ezeta!»

Menéndez salió a ponerse frente a su guardia, y al verlo sus antiguos soldados lanzaron un grito de «¡Viva Menéndez!». Pero éste cayó como herido por un rayo: lo mató la infamia.

Se dice que padecía del corazón.

Antonio Ezeta llegó al siguiente día a San Salvador y se puso al mando del Ejército. Carlos era presidente.

Guatemala, a raíz de estos sucesos, le declara la guerra al Salvador. Mientras las tropas de Ezeta se encontraban en esta campaña, el general Rivas, jefe que disponía de los indios del

departamento de Ahuachapán, se dirigió a la capital, tomó el cuartel de Artillería y proclamó la contrarrevolución.

Antonio Ezeta, al saber esto, dejó la frontera para dirigirse a la capital. Fué un combate horrible. Antonio Ezeta venció bizarramente, tartáricamente, calmucamente. Rivas, y muchos con él, fueron fusilados. Se saquearon casas, se robó, reinó el terror.

Cuando volvió Carlos Ezeta triunfante de la campaña, casi se olvidó su crimen entre los excelentes burgueses acomodaticios.

Imperaba el militarismo.

Los intelectuales emigraron.

Las anécdotas:

Cerca de la casa de Antonio Ezeta había habido una boda. El novio daba un baile. La música que divertía a los invitados fastidiaba al general Antonio. Un asistente del general fué a decir que de orden superior la música debía cesar y el baile suspenderse. «Yo estoy en mi casa, y aquí no manda nadie sino yo», contestó el novio.

Luego un piquete de soldados llegaba, sacaba al novio de su casa y lo fusilaba.

— Una hermana de la Caridad padecía de una dolencia que le causó un crecimiento del vientre. Antonio Ezeta señaló a un excelente religioso, Fr. Ángel Cabrera, como amante de la hermana, y ordenó... Mediante la cantidad de 5.000 pesos se hubo un nuevo Abelardo.

— El mismo tenía la manía de persecución. Una vez, cerca de Sonsonate, venía con sus ayudantes. Adelantóse un poco, y vió venir por el camino una familia de campesinos, que regresaba de la labor. Era sábado. Iba a la ciudad a pasar el domingo, a divertirse. El padre iba delante, con su machete de labor y una botella de aguardiente en la mano. Al ver al general gritó: «¡Viva Ezeta!», y se dirigió a él, ofreciéndole un trago de su botella. «¡Apártate del camino!», le dijo Ezeta. Pero el pobre diablo continuaba: «Tome un traguito, mi general.» «¡Apártate!» «Un traguito...» El general hizo fuego y lo dejó muerto de un balazo. Después dió a la viuda dos billetes de a 500 pesos, y siguió su camino.

El general Lachambre.

Recuerdos de la Habana.

En noviembre de 1892, el autor de estas líneas llegaba a la Habana, de vuelta de un viaje oficial a España.

En un banquete que siempre agradecerá a la Redacción de la excelente revista ilustrada *El Figaro*, conoció a Raoul Cay, a la sazón redactor de la crónica elegante de dicha publicación.

En la noche siguiente, Raoul condujole a su casa y presentóle al Sr. Cay, padre, antiguo canciller del Consulado imperial de la China en la capital de la isla, entonces a cargo del gran señor Tam Kin Cho, y a María, su hermana, una hermosísima cubana, gallarda, espléndida, con

lánguidos y milagrosos ojos de criolla y una fabulosa cabellera.

Entró una visita. El Sr. Cay me presentó y me dijo su nombre. Era el novio de María: «El señor general Lachambre.»

Tipo marcial, de esa especial marcialidad española. Joven todavía, correcto, elegante; la mirada vivaz y escrutadora, barba y bigote negros, voz acostumbrada a mandar, afablemente serio; en la solapa del *smoking* una camelia blanca.

Pasamos Julián del Casal — el poeta celebrado por Verlaine y alentado por Huysmans y Gustavo Moreau —, Raoul y yo a un saloncito contiguo, a ver chinerías y japonerías.

Primero, las distinciones enviadas al Sr. Cay por el Gobierno del gran Imperio; los parasoles, los trajes de seda bordados de dragones de oro, los ricos abanicos, las lacas, los caquemonos y surimonos en las paredes, los pequeños *netskes* del Japón, las armas, los variados marfiles. Julián del Casal, el pobre y exquisito artista que ya duerme en la tumba, gozaba con toda aquella instalación de preciosidades orientales; se envol-

vía en los mantos de seda, se hacía con las raras telas turbantes inverosímiles... Y recordaba yo cómo Julián del Casal había cantado en admirables versos a María Cay — versos que pueden leerse en su volumen *Nieve* —, ¿enamorado de ella?...; tal vez. Él parece que nunca lo manifestara. De todos modos, allá en el salón los novios conversaban, en vísperas de sus bodas, pues éstas se realizaron poco tiempo después.

En la celda — era una verdadera celda — en que el poeta vivía en la Redacción de *El País*, gracias a la bondad del Sr. Ricardo del Monte, había, entre varias reproducciones de telas de Gustavo Moreau, una del Calvario de Gerome y otros cuadritos menores, un retrato de María Cay, de japonesa, antes de ser la generala Lachambre. Ante ese retrato escribió un poeta amigo de Casal un sonetín que anda por ahí, por los periódicos:

Miro enfrente de la mesa,
Bañado en la luz del día,
El retrato de María,
La adorable japonesa.

El aire acaricia y besa
 Como un amante lo haría
 La orgullosa bizarría
 De la cabellera espesa.

Diera un tesoro el Micado
 Por contemplar a su lado
 A princesa tan gentil.

Y ordenara a su pintor
 Pintarla junto a una flor
 En un vaso de marfil.

* * *

El general Lachambre logró hacer suyo aquel tesoro: la «adorable japonesa» fué generala, y luna de miel pasó en España, de donde volvió a la isla el distinguido militar a ocupar el puesto de gobernador de Santiago de Cuba.

El cable nos anunció su muerte, en una de las batallas con los revolucionarios. Después, felizmente, la noticia ha sido desmentida.

Es el general muy querido en la alta sociedad habanera, y muy estimado en la Capitanía gene-

ral y allá en la corte de Madrid. En su carrera no es dudoso que llegue a más altos destinos.

Es un hombre honrado y digno caballero. En cuanto a su valor, lo ha demostrado ya dando su sangre por la patria en aquel país.